

Ruth Benedict

El crisantemo y la espada

Patrones de la cultura japonesa



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *The Chrysanthemum and the Sword:
Patterns of Japanese Culture*
Traducción de Javier Alfaya

Primera edición: 1974
Tercera edición: 2011
Novena reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Gosotei Hirosada: *Actor blandiendo una espada* (detalle).
© Asian Art & Archaeology, Inc. / CORBIS
Selección de imagen: Alicia Fuentes

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 1946 by Ruth Benedict
© 1974 renewed by Donald G. Freeman
© 1989 foreword by Ezra F. Vogel
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1974, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-5370-9
Depósito legal: M. 29.495-2011
Composición: Grupo Anaya
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Prefacio, por Ezra F. Vogel
- 15 Nota de agradecimiento

- 17 1. Destino: el Japón
- 39 2. Los japoneses en la guerra
- 65 3. Cada uno en su lugar
- 102 4. La reforma Meiji
- 127 5. Deudor de las edades y del mundo
- 146 6. La devolución de una diezmilésima parte
- 167 7. La devolución «más difícil de soportar»
- 180 8. La buena reputación
- 216 9. El círculo de los sentimientos humanos
- 236 10. El dilema de la virtud
- 273 11. La autodisciplina
- 300 12. La educación del niño
- 349 13. Los japoneses tras el Día de la Victoria

- 371 Notas
- 375 Glosario

Prefacio

A raíz de su publicación en 1946, *El crisantemo y la espada* cosechó un éxito fulgurante. Entonces más de medio millón de soldados estadounidenses seguían desplazados en el Japón como parte de las fuerzas de ocupación, mientras que varios millones habían luchado durante años contra esta pequeña nación insular. No obstante, aparte del importante estudio de John Embree sobre una aldea japonesa, *Suye Mura*, y de su obra *Japanese Nation*, no había ningún otro estudio de ciencias sociales sobre Japón que merezca la pena destacar. Al ser el primer estudio importante que trataba de describir la idiosincrasia y la mentalidad japonesas, *El crisantemo y la espada* se convirtió inmediatamente en un clásico.

Ruth Benedict y Margaret Mead eran consideradas las dos antropólogas más importantes del momento. Mead era brillante, agresiva, controvertida. Benedict también, pero era más sutil, sofisticada y moderada. Sin embargo,

a su manera, tenía la misma capacidad que Mead para ocupar un primer plano. Su famosa obra *Patterns of Culture* había constituido un importante avance para la comprensión de las actitudes subyacentes y los sistemas de pensamiento y comportamiento de diferentes culturas.

El crisantemo y la espada intentó aplicar al Japón el enfoque elaborado en *Patterns of Culture*. Pero en 1944, cuando comenzó su investigación, Estados Unidos estaba en guerra con el Japón, lo que impedía llevar a cabo un trabajo de campo en dicho país. Los especialistas en ciencias sociales que integraban los equipos de investigación en la Oficina de Información de Guerra (Office of War Information) y la Oficina de Estudios Estratégicos (Office of Strategic Studies) en Washington, preocupados por la imposibilidad de realizar un trabajo de campo de primera mano, fijaron una serie de técnicas para el «estudio de la cultura a distancia». Aunque la «cultura a distancia» disfrutó del prestigio de una moda académica válida, el método no difería tanto del que suele utilizar cualquier historiador: servirse de las fuentes escritas del modo más creativo e imaginativo posible. Pero añadía un componente nuevo: la entrevista.

Benedict se benefició de la investigación que el Gobierno estadounidense llevaba a cabo entonces sobre el Japón y, de hecho, muchos de sus compañeros de trabajo pensaron que no había reconocido suficientemente sus aportaciones. Su principal herramienta de trabajo eran las entrevistas a los inmigrantes japoneses que llegaban a Estados Unidos. Recuerdo que algunos de aquellos informadores me explicaban cómo se sentían después de hablar con ella día tras día, a la hora de comer. Admira-

ban la minuciosidad de sus preguntas pero les atemorizaba el acusado empeño de Benedict en profundizar en todos los aspectos relacionados con sus sentimientos y experiencias. Tenían la impresión de que ella quería escuchar, una y otra vez, hasta el más mínimo detalle que ellos pudieran recordar. Recordaban el agotamiento y el alivio que sentían cuando los dejaba marcharse al final de la comida.

Durante años, se consideró *El crisantemo y la espada* como la obligada introducción a la idiosincrasia y el temperamento japonés. En los años cincuenta había muy pocos libros sobre Japón y todo el mundo leía a Benedict. Hoy, en cambio, existen cientos de estudios pero el lector no sabe por dónde empezar. Ahora, que contamos con tantas y tan buenas investigaciones, resulta mucho más fácil contemplar la obra de Benedict desde una perspectiva histórica como un brillante estudio sobre el Japón de la Segunda Guerra Mundial. Benedict quería averiguar por qué los japoneses estaban dispuestos a seguir luchando aun cuando sabían que estaban perdiendo la guerra, por qué estaban dispuestos a morir antes que dejarse capturar. Le desconcertaban las paradojas que observaba: un pueblo que podía ser cortés e insolente a la vez, rígido y al mismo tiempo permeable a las innovaciones, sumiso y sin embargo difícil de controlar desde arriba, leal y a la vez capaz de traicionar, disciplinado y, en ocasiones, insubordinado, dispuesto a morir por la espada y a la vez tan afectado por la belleza del crisantemo.

Quizás lo que más interés despertara en *El crisantemo y la espada* fuera el análisis de Benedict de la vergüenza y la culpa. Intrigaba a la autora el hecho de que los japone-

ses fueran extremadamente sensibles a la opinión de los demás, mientras que las normas interiorizadas y estandarizadas sobre lo bueno y lo malo les preocupaban mucho menos. Gracias al estímulo de sus preguntas, se publicaron docenas de artículos eruditos en los que se definía y redefinía la relación entre la culpa y la vergüenza en la cultura japonesa. La muerte, a finales de la década de los cuarenta, de los dos principales expertos en la materia, John Embree y Ruth Benedict, cuando estaban a punto de alcanzar la plenitud en su carrera, supuso un duro golpe para los estudios sociales sobre Japón.

No obstante, los pocos científicos sociales occidentales que realizaron sus trabajos de campo en el Japón durante los años cincuenta y sesenta, pensaban que Benedict llevaba demasiado lejos sus observaciones. Presentaba a los japoneses como demasiado rígidos, demasiado encorsetados por el deber y la posición social, demasiado entregados a la ideología y demasiado preocupados por su reputación. «Cada saludo, cada contacto», escribió, «debe indicar el grado de distancia social entre los hombres.» Aquellos de nosotros que llevamos a cabo estudios en el país, descubrimos que los japoneses eran más espontáneos, más amantes de la diversión y más relajados. Nos parecía que Benedict, en su esfuerzo por fijar esquemas, primaba las imágenes más rígidas de sus entrevistados.

Los estereotipos estadounidenses sobre los japoneses han cambiado mucho desde la Segunda Guerra Mundial, pasando de la imagen del enemigo dentado y de piernas arqueadas, a la de la encantadora y gentil geisha, y de ésta a las del contemplativo maestro zen y el diligen-

te hombre de negocios y, finalmente, a las del turista con la cámara en ristre y el banquero arrogante. Quizás no sea por casualidad que este estudio de Benedict sobre los decididos combatientes, realizado en tiempo de guerra, vuelva a atraer el interés de los estadounidenses, algunos de los cuales empiezan a sentirse menos complacientes ante los resueltos exportadores japoneses que están adquiriendo sus propiedades.

Si Benedict viviera, quizá se quedaría tan sorprendida ante el éxito económico del Japón como lo están hoy sus compatriotas. En 1946, cuando muchos japoneses eran tan pobres que sufrían de malnutrición, su cauta conclusión fue que «los japoneses tienen un largo camino por delante, sin duda, pero [sin rearme] tienen la oportunidad de elevar su nivel de vida». Efectivamente. Es posible que Benedict sobrestimase la preocupación de los japoneses por el deber, la disciplina y su disposición al sacrificio, pero también pudiera ser cierto que aquellos de nosotros que vimos a los japoneses en sus casas y en sus horas libres en los años cincuenta, menospreciásemos su determinación.

En cierto modo, resulta irónico que se recuerde más a Benedict por su estudio «a distancia» sobre el Japón que por su trabajo de campo. Y, por paradójico que parezca, los esfuerzos de Benedict por comprender desde lejos los esquemas de comportamiento japoneses pueden haberse aproximado más a una identificación de algunos rasgos permanentes de este pueblo que muchos estudios de campo, que muestran una imagen mucho más matizada, detallada y humana del Japón. Los misterios del carácter japonés han quedado desvelados para aquellos

que quieren conocerlos, y el caso es que quizás resulte tan crucial comprender a los japoneses hoy, cuando el progreso del país está representado por contingentes de ejecutivos trajeados, como cuando avanzaban vestidos con sus uniformes caqui.

Ezra F. Vogel

Nota de agradecimiento

Los japoneses, hombres y mujeres, que, nacidos o educados en el Japón, vivían en los Estados Unidos durante los años de la Segunda Guerra Mundial pasaron por momentos muy difíciles debido a la desconfianza de los americanos. Por ello, me complace testimoniar aquí que agradezco profundamente su amabilidad y la ayuda que me prestaron en la época en que estaba reuniendo material para este libro.

A todos ellos les doy las gracias, y especialmente a mi colega de entonces Robert Hashima, quien, nacido en Norteamérica y criado en el Japón, optó por volver a los Estados Unidos en 1941. Estuvo en un War Relocation Camp (campo de concentración), y le conocí cuando vino a Washington para trabajar en el departamento de asuntos bélicos del Gobierno americano.

También tengo que dar las gracias a la Oficina de Información de Guerra, que me encomendó el trabajo que

constituye este libro, y especialmente al profesor George E. Taylor, subdirector de Asuntos del Lejano Oriente, y al comandante Alex H. Leighton, MC-USNR, quien presidía la sección de Estudio de la Moral Extranjera.

Estoy muy agradecida también a todos aquellos que leyeron el manuscrito, ya sea total o parcialmente; al comandante Leighton, al profesor Clyde Kluckhohn y al doctor Nathan Leites, miembros de la Oficina de Información de Guerra en la época en que yo trabajaba sobre el Japón y quienes me ayudaron de diversas maneras; al profesor Conrad Arensberg, a la doctora Margaret Mead, a Gregory Bateson y a E. H. Norman. Les estoy muy agradecida por sus sugerencias y ayuda.

Ruth Benedict

1. Destino: el Japón

El Japón fue el enemigo más enigmático con que se enfrentaron los Estados Unidos en una contienda. En ninguna otra guerra contra un enemigo poderoso había sido necesario tener en cuenta unos modos de actuar y de pensar tan profundamente diferentes. Al igual que la Rusia zarista antes que nosotros, en 1905, luchábamos contra una nación perfectamente armada y adiestrada que no pertenecía a la tradición cultural de Occidente. Era obvio que para los japoneses no existían las convenciones bélicas que las naciones occidentales habían llegado a aceptar como hechos humanos naturales, lo cual convertía a la guerra del Pacífico en algo más que una serie de desembarcos en las playas isleñas, en algo más que un insuperable problema logístico: en realidad, el problema principal estaba en la propia naturaleza del enemigo. Debíamos, ante todo, entender su comportamiento para enfrentarnos con él.

Las dificultades eran grandes. Todas las descripciones del carácter japonés que se han hecho durante los setenta y cinco años desde que el Japón abriera sus puertas al mundo van acompañadas de la frase «pero también son...», con una frecuencia nunca empleada al describir otra nación del mundo. Cuando algún observador competente escribe sobre cualquier otra nación y dice que sus habitantes son corteses en grado sumo, no se le ocurre añadir «pero también son insolentes y autoritarios»; si dice que son rígidos en sus normas de comportamiento, no agrega «pero también se adaptan fácilmente a las innovaciones, por extrañas que éstas sean»; si dice que un pueblo es dócil, no explica a continuación que es difícil de controlar desde arriba. Si afirma que es leal y generoso, no dice después «pero también traicionero y rencoroso». Cuando dice que los nativos de un país son valientes por naturaleza, no nos habla a continuación de su timidez.

Si comenta que actúan teniendo siempre en mente las opiniones de los demás, no agrega que tienen una conciencia rigurosísima. Al describir la disciplina estricta de un ejército, no se contradice a continuación explicando la forma en que los soldados actúan por su cuenta, llegando incluso a la insubordinación. Si describe a un pueblo que estudia con pasión la cultura de Occidente, no menciona su ferviente conservadurismo. Cuando escribe un libro sobre una nación consagrada al culto popular de la estética, que concede grandes honores a actores y artistas y que hasta el cultivo de los crisantemos considera como un arte, no es corriente que necesite un libro adicional sobre el culto a la espada y el supremo prestigio del guerrero.

Sin embargo, todas estas contradicciones constituyen la trama y urdimbre de los libros sobre el Japón, y son ciertas. Tanto la espada como el crisantemo forman parte de la imagen. Los japoneses son, a la vez, y en sumo grado, agresivos y apacibles, militaristas y estetas, insolentes y corteses, rígidos y adaptables, dóciles y propensos al resentimiento cuando se les hostiga, leales y traicioneros, valientes y tímidos, conservadores y abiertos a nuevas formas, preocupados excesivamente por el «qué dirán» y, sin embargo, propensos al sentimiento de culpa, incluso cuando los demás no saben que han dado un paso en falso; soldados en extremo disciplinados, pero con tendencia también a la insubordinación.

En el momento en que para los Estados Unidos llegó a ser tan importante comprender al Japón, estas contradicciones y muchas otras igualmente notorias no podían pasarse por alto. Nos enfrentábamos con una serie de interrogantes: ¿Qué harían los japoneses? ¿Sería posible que capitularan sin tener que invadirles? ¿Deberíamos bombardear el palacio del emperador? ¿Qué podíamos esperar de los prisioneros de guerra japoneses? ¿Qué debíamos decir en nuestra propaganda a las tropas japonesas y a los habitantes del Japón, con objeto de salvar vidas americanas e impedir la decisión japonesa de luchar hasta el último hombre? Hubo violentos desacuerdos entre aquellos que mejor conocían a los japoneses. Cuando llegara la paz, ¿sería necesario imponer al pueblo japonés una ley marcial perpetua para mantener el orden? ¿Debía prepararse nuestro Ejército para luchar contra grupos irreductibles atrincherados en las escarpaduras de cada montaña japonesa? ¿Tendría que producirse en

el país una revolución del tipo de la Revolución Francesa o de la rusa para que fuera posible la paz internacional? ¿Quién la llevaría a cabo? ¿Sería el exterminio de los japoneses la única alternativa? Las respuestas eran de vital importancia.

En junio de 1944 fui designada para realizar un estudio sobre el Japón. Se me pidió que utilizara todas las técnicas posibles de la antropología cultural para explicar cómo eran los japoneses. Durante los primeros días de aquel verano, nuestra ofensiva contra el Japón había empezado a mostrarse en su verdadera magnitud. En los Estados Unidos se decía que la guerra duraría por lo menos tres años, acaso diez, quizá más. En el Japón se aseguraba que iba a durar cien. Afirmaban que los americanos habían tenido victorias locales, pero que Nueva Guinea y las islas Salomón se hallaban a miles de millas de sus propias islas. Sus comunicados oficiales apenas habían admitido las derrotas navales, y los japoneses seguían considerándose vencedores.

Pero en junio la situación empezó a cambiar. Se abrió el segundo frente en Europa, y la prioridad militar que el Alto Mando había concedido al teatro europeo durante dos años y medio resultó por fin beneficiosa. Se preveía el final de la guerra contra Alemania. En el Pacífico, nuestras fuerzas desembarcaron en Saipán, gran operación que presagiaba ya la consiguiente derrota japonesa. A partir de ese momento, nuestros soldados iban a enfrentarse con el ejército japonés en puntos cada vez más próximos. Y sabíamos muy bien, por la lucha en Nueva Guinea, en Guadalcanal, en Birmania, en Attu, Tarawa y Biak, que nos enfrentábamos a un enemigo formidable.

Por tanto, en junio de 1944 era vital hallar respuesta a una multitud de preguntas sobre nuestro enemigo, el Japón. Era importante saber si la solución al conflicto sería militar o diplomática, si sería resuelto por medio de la alta política o por medio de octavillas arrojadas detrás de las líneas japonesas. En la lucha desesperada que el Japón estaba llevando a cabo, nos era necesario conocer no sólo los objetivos y motivaciones de quienes ostentaban el poder en Tokio, no sólo la larga historia del Japón y las estadísticas económicas y militares; también debíamos saber hasta qué punto podía contar su Gobierno con el pueblo. Debíamos tratar de comprender la mentalidad de los japoneses, sus emociones y las líneas de conducta correspondientes a esas formas de pensar y sentir. Había que conocer las motivaciones que se ocultaban tras sus actos y opiniones. Debíamos dejar de lado, por el momento, las premisas sobre las que nosotros, americanos, actuábamos y evitar por todos los medios el suponer que, en una situación determinada, ellos reaccionarían del mismo modo que nosotros.

Mi tarea era difícil. Los Estados Unidos y el Japón estaban en guerra, y en tiempo de guerra resulta fácil condenar las actitudes del enemigo, pero difícil tratar de ver cómo percibe el enemigo las cosas a través de sus propios ojos. Y, sin embargo, esto era lo que había que hacer. La cuestión era determinar cómo se comportarían los japoneses, no cómo nos habríamos comportado nosotros en su lugar. Había que intentar utilizar el comportamiento japonés en la guerra como una ventaja que se me ofrecía para comprenderlos, no como una desventaja. Y tenía que considerar este comportamiento como un

problema cultural, no como un problema militar. En la guerra, como en la paz, los japoneses actuaban según su carácter. ¿Qué particularidades de su modo de vida y de pensar se podían deducir de la forma en que hacían la guerra? La manera en que sus líderes alentaban el espíritu guerrero o animaban a los desalentados, la forma en que utilizaban a sus soldados en el campo de batalla, todas estas cosas mostraban lo que a su juicio constituía sus puntos más fuertes, de los que sacarían mayor provecho. Había que seguir el curso de la guerra para ver paso a paso cómo se revelaban en ella los japoneses.

El hecho de que nuestras dos naciones estuvieran en guerra significaba inevitablemente una gran desventaja. Significaba que debía renunciar a la técnica más importante del antropólogo cultural: la inspección sobre el terreno. Era imposible vivir la vida japonesa, observar los esfuerzos y tensiones de la vida diaria, ver con mis propios ojos qué problemas eran cruciales y cuáles no. No podía contemplarlos en el complicado proceso de tomar decisiones. No podía ver cómo educaban a sus hijos. El único estudio antropológico que existía sobre una aldea japonesa, *Suye Mura*, de John Embree, era de valor incalculable, pero muchas de las cuestiones con las que nos enfrentábamos en 1944 no se habían planteado cuando se realizó dicho estudio.

Como antropóloga cultural, a pesar de estas dificultades, tenía confianza en ciertas técnicas y postulados que podían utilizarse. Al menos, no tenía que renunciar a uno de los principales instrumentos del antropólogo; es decir, al contacto directo con la gente que uno está estudiando. En los Estados Unidos vivían muchos japoneses

que habían sido educados en el Japón, y podía interrogarles sobre los hechos concretos de sus propias experiencias, determinar cómo los juzgaban, llenar con sus descripciones muchas lagunas que, como antropóloga, consideraba esenciales para entender una cultura. Otros científicos sociales que estudiaban el Japón lo hacían en las bibliotecas, analizando estadísticas o acontecimientos pasados y siguiendo el desarrollo de los acontecimientos a través de los escritos y emisiones radiadas de la propaganda japonesa.

Yo tenía la seguridad de que muchas de las respuestas que ellos buscaban se hallaban ocultas en las normas y valores de la cultura japonesa y podían encontrarse de modo más satisfactorio allí, en contacto con personas que de hecho la habían vivido.

Esto no excluía el que yo leyera y me guiara constantemente por los juicios de algunos occidentales que habían vivido en el Japón. La amplia literatura sobre la cultura japonesa y el gran número de buenos observadores occidentales que habían estado en este país suponían para mí una ventaja que no tiene el antropólogo que va a las fuentes del Amazonas o a las mesetas de Nueva Guinea para estudiar una tribu sin cultura escrita. Al carecer de lenguaje escrito, estas tribus no han podido plasmar sobre el papel su personalidad. Los comentarios de los occidentales son escasos y superficiales. Nadie conoce su historia pasada. En sus trabajos de campo, el antropólogo debe descubrir sin ayuda alguna de estudios anteriores el funcionamiento de su vida económica, hasta qué punto está estratificada su sociedad, cuáles son los valores más altos de su vida religiosa. Al estudiar el Japón,

me sentía heredera de numerosos investigadores. En los textos antiguos se hallaban recogidas descripciones muy detalladas de su vida. Hombres y mujeres europeos y americanos habían reflejado las experiencias vividas allí, y los japoneses habían escrito sobre sí mismos páginas verdaderamente reveladoras. Al revés de lo que sucede con muchos pueblos orientales, los japoneses tienen una gran tendencia a escribir sobre sí mismos. Escribieron sobre las trivialidades de su vida, lo mismo que sobre sus programas de expansión mundial. Y eran notablemente francos. Claro está que no daban una imagen completa. Nadie lo hace. Un japonés que escriba sobre el Japón pasa por alto cuestiones verdaderamente cruciales, pero que son para él tan diáfanas e invisibles como el aire que respira; y lo mismo hacen los americanos cuando escriben sobre los Estados Unidos.

Pero sea como fuere, los japoneses se han mostrado siempre muy aficionados a revelar sus pensamientos.

Leí esta literatura como Darwin dice que leía cuando estaba trabajando en sus teorías sobre el origen de las especies, anotando todo aquello que no lograba comprender. ¿Qué necesitaría saber para entender la yuxtaposición de ideas en un discurso pronunciado en la Dieta? ¿A qué respondía la repulsa de un acto que parecía trivial y la fácil aceptación de otro que parecía ultrajante? Yo leía haciéndome siempre la misma pregunta: Hay algo absurdo en esta imagen. ¿Qué necesitaría saber para entenderla?

Fui también a ver películas escritas, filmadas y producidas en el Japón; películas de propaganda; películas históricas; películas sobre la vida contemporánea en Tokio y en los pueblos rurales. Las comenté después con japo-

neses que las habían visto en el Japón y que veían al héroe, a la heroína y al rufián como los japoneses los ven, no como los veía yo. Allí donde yo me desconcertaba era evidente que a ellos no les ocurría lo propio. Las tramas, las motivaciones, no eran como yo las veía, pero tenían sentido por el modo en que la película estaba construida. Lo mismo que sucedía con las novelas, había mucha más diferencia de lo que parecía entre lo que esas películas significaban para mí y lo que significaban para los nativos del Japón. Algunos de estos japoneses eran propensos a defender sus convencionalismos, mientras que otros odiaban todo lo japonés, y es difícil decir de qué grupo aprendí más. Pero todos estaban de acuerdo con la imagen íntima que las películas daban de la forma en que se regula la vida en el Japón, tanto si la aceptaban como si la rechazaban con amargura.

En la medida en que el antropólogo busca su material y su comprensión directamente entre la gente cuya cultura está estudiando, hace lo mismo que han venido haciendo los observadores occidentales más capacitados que han vivido en el Japón. Si esto fuera todo cuanto un antropólogo puede ofrecer, nada podría esperar yo añadir a los valiosos estudios que los residentes extranjeros han hecho sobre los japoneses. Pero el antropólogo cultural tiene, como resultado de su adiestramiento, ciertas condiciones que parecen justificar el intento de ofrecer su propia contribución en un campo tan cultivado por observadores e investigadores.

El antropólogo conoce muchas culturas de Asia y del Pacífico. Existen en el Japón multitud de normas sociales y costumbres que guardan un estrecho paralelismo,